

abandonar á los horrores de la miseria, y que yo misma, en el seno de la inocencia, y cuidadosa de mi fama, vi antes con indignación.

Pertenezco á una buena familia, pero mi padre, cargado de hijos, no pudo darles la educación que deseaba. Un pariente nuestro muy rico, pasando un día por el pueblo en que residíamos, de regreso de una de sus haciendas, vino á ver á mi padre, y movido de sus embarazos, le propuso disminuirlos, tomando á su cargo uno de sus hijos. Nuestros padres nos amaban igualmente á todos, pero por una parte su escasa fortuna, y por otra, un poco de ambición, les determinaron á hacer este sacrificio, y mis hermanos y yo, fuimos convocados para que mi primo pudiese elegir. Yo tenía entonces diez años, y sin conocer para qué intento se me llamaba ante mi primo, hice inocentemente una reverencia que le cayó en gracia; canté después una de las canciones que sabía yo mejor; recité uno de los últimos cuentos que había yo leído, y mi inocencia agradó tanto á mi primo, que se decidió á adoptarme y educarme en compañía de sus propios hijos.

Mis padres no pudieron pensar sin pena en esta separación; naturalmente derramaron algunas lágrimas, pero pronto las enjugaron. Por un efecto de la preocupación que la pobreza inspira ordinariamente en favor de las riquezas, consideraron que iba yo á mejorar de suerte y que probablemente no sería yo algún día olvidada en el testamento de mi generoso primo. Mi madre, deseando que apareciese yo decente en medio de mi nueva familia, vendió algunas alhajas suyas para equiparme.

Cuando nos despedimos, me estrechó en sus brazos con una ternura que me causa todavía mucha emoción. Me dió algunos consejos religiosos que aunque desgraciadamente no los he seguido, no los he olvidado, y dirigió al cielo votos por mi dicha, que espero se realizarán algún día.

Mis hermanos enviaron mis vestidos nuevos y no me parecieron muy afligidos de nuestra separación. Mi padre mismo me condujo hasta el coche y me llenó de caricias, y pocos días después me encontré transportada á una habitación magnífica, admitida á una mesa suntuosa, é introducida en el gran mundo y las diversiones de la ciudad.

Tenta yo trece años cuando supe que mi excelente madre acababa de morir, dirigiendo al cielo fervientes súplicas por su tierna y numerosa familia. Di pocas muestras de un sentimiento

que no habría sido participado por las personas que me rodeaban, y pronto cesé de pensar en la pérdida que había yo hecho. Mi padre, ocupado únicamente con sus otros hijos que crecían á su lado, tuvo la dicha inesperada de hacer una herencia, y cuando murió cuatro años después, los dejó en un estado más feliz de lo que había esperado. La intención de mi padre había sido hacerme participe con mis hermanos de la pequeña fortuna que el cielo le había enviado, y me había nombrado expresamente en su testamento; pero cediendo á las instancias de mi primo, que le escribía que yo no tenía necesidad de nada, y que él se encargaría de establecerme convenientemente, cambió sus disposiciones testamentarias, y dividió entre mis hermanos lo que á mí me pertenecía.

De este modo me vi condenada á una dependencia perpetua. Habiendo llegado á la edad en que las jóvenes tienen que presentarse con cierto brillo en la sociedad, y viéndose mi primo obligado á aumentar sus gastos para sostenerme, me degradó insensiblemente de mi igualdad, y fuese por economía ó por alejar de mí á los cortejantes, llegué á notar de que no era yo en la casa más de una especie de criada, con la diferencia que no recibía yo salario.

Sufrí toda clase de indignidades; pero reflexionando que mis quejas sólo servían para agravar mi situación, continué haciéndome servicial; procuré evitar toda rivalidad y me apliqué más bien á agradar que á brillar. Mi crédito sin embargo, disminuía diariamente, y la criada favorita de mi prima comenzó á tener réplicas conmigo.

Mi consternación era muy grande, y aunque tuviese yo bastante experiencia para conocer la necesidad de no manifestar señales de disgusto, me retiraba con frecuencia á mi cuarto para llorar libremente, considerar mi situación, y ver si me era posible valirme de algunos medios para sustraerme de esta perpetua mortificación. En fin, mis proyectos y mis penas fueron interrumpidos con un cambio repentino en el manejo de mi primo, que encontrándome un día sola me dijo que no debía sufrir los ultrajes que se me hacían, y que por su parte estaba decidido á que recobrase yo en su casa el lugar que me correspondía. Me aseguró que la preferencia que su mujer daba á sus hijos era natural en una madre, pero que él sabría muy bien impedir que esta preferencia fuese muy lejos. En seguida me dió algunas monedas de oro, ordenándome que comprase lo necesario para vestirme convenientemente, y me previno que cuando necesitase yo dinero, se lo

pidiese á él secretamente; pero que como importaba que en la casa se creyese que mis parientes, que habían mejorado de fortuna, se mostraban generosos conmigo, él tendría cuidado de conformarse con esto.

Por medio de esta estratagema, cuyo objeto ignoraba yo entonces, mi primo me inspiró una gratitud sincera, y naturalmente veía yo con gusto las ocasiones de encontrarme sola con el único protector que tuviese yo en la familia. Con frecuencia procuraba él la ocasión de vernos en casa de uno de sus amigos, y varias veces me condujo á pasear en su coche. Los favores que me hacía habrían quizá debido infundirme algunas sospechas, pero todos mis sentimientos se confundían con los de un vivo reconocimiento. Por otra parte, el deseo de conservar su protección desterraba de mi alma las inquietudes y las reservas. Por último este miserable se aprovechó de la familiaridad que como pariente tenía conmigo, y de la sumisión que yo le debía como protector, para consumir la ruina de una huérfana reducida á la indigencia por su promesa de establecerme, seducida por sus artificios acompañados de favores, y colocada por su despotismo bajo la casi imposibilidad de oponerle resistencia.

No sé cómo pueden los libertinos vanagloriarse de haber triunfado de la resolución más firme de una joven, ó de haber aprovechado para arruinarla, de un momento de sorpresa. Seguramente entre los que se jactan de este odioso atentado, ningunos deberían ser más modestos que los que deben el logro de sus criminales miras, á circunstancias independientes de su mérito personal. No pueden lisonjearse de haber empleado talentos extraordinarios, ni suma sagacidad ni elocuencia persuasiva, para ganar insensiblemente el afecto, ni una pasión ardiente que haga penetrar en el corazón todo el veneno sutil de la lisonja, ni una delicadeza de sentimientos, siempre muy peligrosa para la inocencia, ni enajenaciones impetuosas que espanten á una joven tímida; en suma, no poseen ninguna de las cualidades que subyugan el corazón. No tienen obstáculo alguno que vencer, ni rivales que combatir; triunfan pues de la virtud de un ser desgraciado que no puede defenderse, y se contentan con poseer el cuerpo, sin tomarse el trabajo de ganar el corazón de su víctima.

El conocimiento que ahora tengo de la infamia y de la maldad, me hace colocar á estos desgraciados en la categoría de héroes de la relajación; reptiles que sus mismas criadas despreciarían si no se viesen obligadas á servir, y que la más miserable por-

diosera se avergonzaria de hablarles si no esperase de ellos algún socorro. La mayor parte de las jóvenes perdidas que abundan en las ciudades, han sido corrompidas, no por medio de una seducción metódica y persuasiva, que se insinúa en el corazón sin dejarse comprender; han sido atraídas por falsas promesas, ó amedrentadas con amenazas y cedido á las importunaciones de hombres violentos, ó á los artificios de sus libertinos tutores.

Nuestro crimen produjo las consecuencias que eran de esperar, y mi seductor vió pronto que su reputación exigía que saliese yo de su casa. Yo temblaba á la sola idea de que mi culpa no podía menos de descubrirse. Mi primo me consoló asegurándome que ninguno conocería mi situación, y me echó en cara varias veces la pesadumbre que yo manifestaba, y que quizá sólo él podía ver en mi semblante; y después de mil promesas de su constancia y de su benévola protección, terminaba siempre con amenazarme con que me abandonaría si pronunciaba yo una palabra que pudiese comprometerlo y hacerlo partícipe de mi infamia.

En medio de estas agonías vi llegar el momento de una separación necesaria. Dije á todo el mundo que mi familia deseaba mi regreso, y me encontré envuelta en una serie de desgracias. Creo que el mejor antidoto que pueda oponerse á los desarreglos de los libertinos y á las imprudencias de la juventud, es una relación completa de las terribles consecuencias del vicio; y espero que la de mis desgracias reparará en parte el escándalo de mi conducta anterior.

Después que pasó la irresolución y la timidez inseparables del crimen que había yo cometido, fui conducida á una pequeña habitación extramuros de la ciudad, y presentada á la dueña de la casa como una joven en cinta que venía allí para dar á luz el fruto de sus entrañas. El cambio absoluto de mi manera de vivir, y la soledad á que necesariamente me veía condenada, me llenaron de amargura y desaliento. La conversación de las gentes en cuya casa había yo sido alojada, no era propia para interesar mi atención y distraerme de mis ideas. Los libros que había traído conmigo eran los más á propósito para inspirarme horror de mi misma, porque aunque degradada á mis propios ojos, mi corrupción no llegaba hasta el grado de disimularme la enormidad de mi crimen.

La pasión de mi primo no se resfriaba, y sus visitas eran tan frecuentes, que temía yo se descubriese el objeto de ellas. Siempre que entraba en mi cuarto me encontraba bañada en lágrimas,

lo cual no era agradable para un voluptuoso que sólo buscaba la sensualidad. Después de mil observaciones sobre la falta de razón para afligirme tanto, y muchas protestas de amor eterno, descubrió al fin que me hacía más impresión la pérdida de mi inocencia que la de mi reputación, y como lo que él temía más que nada era el efecto de mis remordimientos, comenzó á emplear los sofismas de la irreligión. Sus argumentos eran los de todos los libertinos de profesión con quienes desgraciadamente tuve relaciones mientras viví en el desarreglo; argumentos vulgares, frívolos y capciosos, pero consiguieron cambiar el curso de mis ideas, introdujeron mil dudas en mi alma, y turbaron el reposo que comenzaba á procurarme la sinceridad de mi arrepentimiento, sin procurarme ninguna ventaja que pudiese compensar la pérdida de este consuelo. Escuché durante algún tiempo su parloteo impío; pero la razón natural y los principios que había yo recibido en mi infancia, me ayudaron á triunfar de estos absurdos, y la certidumbre que de su perversidad me dieron sus odiosos esfuerzos, colmó la medida de la repugnancia por su persona. He oído hablar de algunos desgraciados navegantes que viéndose amenazados de perecer por la tempestad han sido atraídos sobre costas inhospitalarias por los bárbaros habitantes, que sólo les hacían señales de salvación para robarlos y asesinarlos; y siempre me ha causado asombro que las naciones civilizadas no se reúnan para castigar crimen tan horroroso y exterminar estas guaridas de bandidos; pero me parece crimen más atroz el de un hombre que trata de privar á un ser sumergido por él en un abismo de miseria, de la única mano que pudiera ayudarlo á salir del fango, y que después de haberlo desviado del sendero de la virtud, le roba la luz del cielo para que no pueda seguirlo de nuevo. Yo había considerado hasta entonces á mi primo como seducido por su pasión, y la oportunidad de satisfacerla; pero desde aquel momento lo consideré como un malvado, que sólo trataba de prolongar su sensualidad, y determinado á corromperme completamente para que continuara yo con él una vida desarreglada.

Yo no podía sin embargo, abandonarlo, ni pagar los gastos que exigía mi situación, sino por medio de sus dádivas. Llegué por fin al término fijado por la naturaleza, y el autor de todas mis penas me felicitó de mi alumbramiento, esperado por ambos con tanta impaciencia. Yo le recordé la promesa que me había hecho de mirar por mi reputación y restablecerme en el mundo. Me contestó en términos generales que no descuidaría nada de lo que

pudiese contribuir á mi dicha; pero se negó completamente á sacarme de mi retiro. Yo sabía muy bien que la acogida que recibiese yo en el mundo dependería de la prontitud de dejarme ver, pero su resistencia á mis reiteradas súplicas me hizo conocer claramente que el interés de sus placeres le impedía darme gusto. Fatigado de mis continuos ruegos, me dijo por fin un día, con un semblante de compasión aparente, que no era posible que yo volviese á mi primer estado: que gentes mal intencionadas habían descubierto nuestro secreto, y que no me quedaba más recurso que el de buscar un retiro impenetrable á las miradas del público y la malicia de mis enemigos.

La rabia, el dolor y el resentimiento que en este instante hicieron tronar mi corazón, pueden concebirse pero no expresarse. La pérdida irrevocable de mi reputación, la idea del odio y del desprecio de que mi seductor me había dicho era yo objeto, todo esto desconcertó mi alma, y me puso otra vez bajo su dirección. Me hizo subir en coche y conducir por callejuelas extraviadas, á otro alojamiento secreto, más miserablemente, que me señalase de dejar. Le supliqué entonces encarecidamente, que me señalase una pensión modesta que me permitiese retirarme á una aldea para llorar mis extravíos y mis desgracias. Trató de eludir mi solicitud haciéndome mil protestas de amor y cariño; pero cuando vió que yo insistía, se quejó de mis porfías y de mi desconfianza. Un día que más particularmente había tratado de calmar, con sus acostumbradas protestas, mi extremada impaciencia, viendo que no podía reducirme se montó en cólera y pronunció barbullando unas palabras que no pude comprender. Esto me hizo pensar en que por fin había yo logrado mover su insensibilidad, y llena de esperanza de que en su primera visita me anunciaría que accedería á mi pedido, viví tranquilamente con el poco dinero que me quedaba. Me encontraba yo tan contenta de no tener que sufrir más altercados, que no comencé á extrañar el retardo de sus visitas sino cuando estaban para agotarse mis recursos pecuniarios. Disminuí mis gastos decidida á no implorar su socorro; pero la necesidad triunfó de mi orgullo, y le escribí poniendo yo misma la carta en el correo. Viendo que no me contestaba, volví á escribirle en términos más urgentes que no produjeron ningún efecto. Me valí entonces de un mandadero para que lo solicitase en su casa, y me trajo la noticia de que se había ausentado de Londres con toda su familia, para ir á una de sus haciendas en Irlanda, sin anunciar la época de su regreso que se creía remoto.

Me sorprendió y me afligió este viaje inesperado; pero no pude creer que mi seductor me abandonase completamente. Con esta idea, vendí algunas piezas de ropa para vivir, esperando siempre que el correo del día siguiente me traería buenas noticias. Pasé siete meses de esta suerte, entre el temor y la esperanza, teniendo sin cesar ante mis ojos el espectro de la miseria que se acercaba diariamente. Enflaquecida con la pesadumbre que me devoraba, y atormentada con una incertidumbre peor que la realidad de la indigencia, no sabía yo qué hacer. Al fin la dueña de la casa, después de haberme insinuado varias veces que ya era tiempo que solicitase yo otro amante, se aprovechó un día de mi ausencia para abrir mis baules, y viendo que mucha parte de mi ropa había desaparecido, tomó la que quedaba para pagarse del alquiler que se le debía, y me echó de su casa.

En vano me quejé de su crueldad; mis lágrimas no hicieron mella ninguna en su corazón. Salí pues de su casa sin saber á dónde ir; erré á la ventura sin tener ningún conocimiento de los medios de que se valen los indigentes para subsistir, sin fuerza para emprender trabajos penosos, temerosa de encontrar á cada paso algunas de las personas que me habían conocido antes de mis desgracias, y sin esperanza ninguna de recibir socorro de los que no me conocían. Entretanto llegó la noche y continué vagando hasta que me vi forzada, por las amenazas de los agentes de policía, á ocultarme bajo un tejadillo que por fortuna encontré.

La mañana siguiente alquilé un cuartito en lo más alto de una casa miserable, y supliqué á la mujer que me lo alquiló que me buscara un acomodo; pero esto no era fácil porque no tenía yo certificado de buena conducta, ni persona abonada que me lo diese. Con todo, un pañero consintió en tomarme á su servicio, pero cuando su mujer supo que sólo tenía yo un vestido, y éste de seda, se le puso en la cabeza que lo había yo robado y me despidió en el acto. No me quedaba más recurso que el de mi aguja; la dueña de mi alojamiento me procuró algún trabajo, y viví sin quejarme durante seis semanas. Trabajé sin descanso, y gustó tanto mi exactitud, que se me confió un encaje fino para hacer una pañoleta; pero una muchacha que solía entrar en mi cuarto me lo robó, y me vi obligada á huir para escaparme de la prisión.

Volví á encontrarme en la calle, subsistiendo con lo menos que me era posible, y por la noche me acostaba yo bajo algún cobertizo. Al cabo de algunos días me vi sin una blanca, perseguida

por el hambre y sin asilo. Por la noche se acercó á mí un hombre de edad madura que me invitó á entrar con él en una taberna; yo rehusé, pero me tomó de la mano y me condujo á una casa vecina; cuando vió mi rostro pálido y macilento y mis ojos con un cerco encarnado de tanto llorar, me abandonó con desprecio dándome á entender que me consideraba como ladrona.

Continué vagando lentamente porque me faltaban las fuerzas; otro hombre se acercó á mi viendo mi talante miserable, creyó que no sería yo cara ni difícil, y me hizo propuestas que no pude rehusar. Pasé con él cuatro meses en un estado vecino de la indigencia, al cabo de los cuales me vi otra vez abandonada al rigor de mi suerte, hasta que otro conocimiento de la misma especie me libertó de morir de hambre.

En este estado abyecto he pasado cuatro años enteros, siendo alternativamente la presa de todos los que la casualidad me presentaba delante, ó viviendo en las casas de prostitución para ejercer el más detestable de todos los oficios. Si los jóvenes libertinos que en el seno de la abundancia poseen todo lo necesario para ser afortunados, pudiesen ver lo que pasa en los receptáculos de la prostitución, se helarían de lástima y de horror.

Me encuentro actualmente en casa de un honrado zapatero á cuya mujer ayudo en los trabajos de su menaje, y me dan de comer bajo promesa de abandonar para siempre la vida que he llevado.

Soy de Vd. Señor Redactor, su muy humilde servidora. —
Misela.

MISERIAS DE LA VIDA.

(Ensayo de Johnson, publicado en el *Aventurero de Londres.*)

Las infinitas miserias de la vida, han producido siempre quejas universales. El hombre más sabio del mundo terminó sus experimentos en busca de la felicidad haciendo esta confesión, que todo es vanidad; y los antiguos patriarcas lamentaron que sus días de peregrinaje fuesen cortos é infortunados.

No hay principio sobre el cual sea más superfluo acumular autoridades, ni que nuestros sentidos descubran más fácilmente, que el que asegura que la miseria es el lote del hombre, y que nuestro estado actual es un estado de peligro y de infelicidad.

Cuando consideramos la vida remotamente, ¿qué otra cosa nos presenta sino un caos de miserias, una escena confusa y tumultuosa de penalidades y disputas? Si contemplamos las edades pasadas en el reverbero de la historia, ¿qué otra cosa acumulan en nuestra imaginación, sino crímenes y calamidades? Un año se distingue por un hambre, otro por un terremoto: reinos desolados, ya por la guerra, ya por la pestilencia; la paz del mundo interrumpida por los caprichos de un tirano, ó por el orgullo de un conquistador. La memoria se encuentra sobrecargada únicamente con vicisitudes deplorables, y vemos la felicidad, tal cual es, de una parte del género humano, derivarse por lo común, de triunfos sangüinarios que confieren poder á los vencedores, no tanto para mejorar la vida con algunos goces nuevos, como para hacer miserables á los otros, y satisfacer su propio orgullo por medio de una grandeza comparativa.

Pero el que examina la vida con atención más rigurosa, encuentra que la felicidad del mundo es menor de lo que parece. En algunos intervalos de prosperidad pública, ó para usar un término más propio, en ciertas intermisiones de calamidad, se repara en el pueblo una difusión general de dicha; todo es triunfo y alegría, satisfacción y abundancia; no hay temores, ni peligros públicos, ni se oyen quejas en las calles. Pero esta calma general mejora muy poco la condición de los individuos: la pena, la malicia y el descontento, continúan sus estragos; el silencioso desabrimiento adelanta sin cesar, y el sepulcro recibe sin interrupción las víctimas de la aflicción.

El que entra en una concurrencia lucida, ve difundida la alegría en todos los semblantes, y encuentra á todos en su asiento libres y desembarazados, sin más ocupación que la de recibir ó comunicar placer; naturalmente se imagina que al fin ha llegado á la metrópoli de la felicidad, al lugar consagrado á la alegría del corazón, de donde todos los temores y ansiedades se hallan excluidos irrevocablemente. Tal en efecto encontramos, que es muy á menudo la opinión de los que, en posición más baja alzan los ojos para ver la pompa y alegría, que no pueden ellos alcanzar; pero; quién de los que frecuentan estas brillantes asambleas no confesará su propio desasosiego, ó no contará las vejaciones y miserias que amargan la vida de sus alegres compañeros!

El mundo en su mejor estado, no es más de una vasta asamblea de seres que procuran fingir la felicidad que no tienen, que em-

plean toda clase de recursos y artificios para embellecer la vida y ocultar su real condición á los ojos de los demás.

La especie de felicidad que más fácilmente se nota, es la que depende de los bienes de fortuna, y aun ésta es por lo común ficticia. En el mundo hay más pobreza de lo que generalmente se cree; no sólo porque muchos cuya hacienda es grande, tienen deseos aun mayores, y en general miden sus necesidades por los placeres que otros gozan, sino porque muchos se hallan acosados de necesidades verdaderas, que ellos desean ocultar, y se ven forzados á comprar las apariencias de la competencia y de la alegría, á costa de muchos alivios, y comodidades de la vida.

Muchos, sin embargo, son conocidamente ricos, y muchos más tienen lo suficiente para verse libres de todo peligro de real pobreza; pero ha sido notado hace largo tiempo, que el dinero no puede conferir quietud; los más elevados de los hombres no pueden prometerse que se verán exceptuados de la discordia ó de la sospecha que suelen turbar la felicidad de la paz doméstica, y tienen que hallarse más expuestos, en el mismo grado que se ven más elevados que los otros, á la traición de los dependientes, la calumnia de difamadores y la violencia de los antagonistas.

La aflicción es inseparable de nuestro estado presente, y se adhiere á todos los habitantes de este mundo, en diversas proporciones ciertamente, pero con un repartimiento que parece muy poco regulado por nuestra conducta. Algunos moralistas arrogantes, se han vanagloriado de que la fortuna de cada hombre se halla en su mano, que la prudencia suplir el lugar de todas las otras divinidades, y que la felicidad es la consecuencia infalible de la virtud. Pero seguramente la aljaba de la omnipotencia contiene saetas contra las que el escudo de la virtud humana, por más que haya sido alabado de adamantino, se opone en vano: no siempre sufrimos por nuestros crímenes, ni somos siempre protegidos por nuestra inocencia.

Un hombre bueno de ninguna manera se ve libre del peligro de sufrir por los crímenes de otro; su bondad misma puede crearle enemigos maliciosos é implacables; el hombre bueno nunca ha sido garantido por los cielos de la traición de sus amigos, de la desobediencia de sus hijos, ó de la deshonestidad de su mujer; puede ver sus cuidados infructuosos por la profusión, sus lecciones ineficaces por la perversidad, y su bondad pagada con ingratitude; puede padecer bajo la infamia de acusaciones falsas, ó perecer inocente por una injusta sentencia.

Un hombre bueno se halla sujeto como los demás mortales, á todos los perjuicios que están en el orden de la naturaleza; su cosecha no se mira respetada por la tempestad, ni su ganado de la morriña; su casa arde como las otras en un incendio; sus buques no tienen ningún poder particular para resistir á las tormentas; su alma, por elevada que sea, habita un cuerpo expuesto á innumerables accidentes, de los cuales tiene que participar los peligros y las penas; lleva consigo las semillas de la enfermedad, y puede consumir poco á poco gran parte de su vida bajo los padecimientos de la gota ó de la piedra; quejarse á veces con insufribles angustias, y á veces consumirse en medio de la indiferencia y desfallecimiento (a).

De esta general y confusa distribución de miseria, los moralistas han derivado siempre uno de los más fuertes argumentos de la vida futura, porque visto que los males comunes de la vida presente atacan á los buenos y á los malos, se deduce de la justicia del Ser Supremo, que debe haber otro estado de existencia en que se hará una justa retribución, y cada hombre será infeliz ó dichoso, con arreglo á sus obras.

Las miserias de la vida pueden procurar quizá algunas pruebas de una existencia futura, tanto en vista de la misericordia como de la justicia de Dios. Apenas puede uno imaginarse que la Infinita

(a) Hablando de las miserias de la vida, Calderón de la Barca dice :

..... el hado inclemente
Tan poco lugar permite
Á los sucesos alegres,
Que apenas deja mirarlos
Cuando de vista los pierde.

Apenas darnos podemos
De un suceso parabienes.
Cuando pesares de otro
Nos amenazan y advierten.

Hidras las desdichas son,
Mil nacen donde una muere,
Y en parecerse á sí mismas
Son ya las desdichas Fénix.

Una es heredera de otra,
Y tantas á una suceden,
Que siempre de sus cenizas
Está el sepulcro caliente.

Tr.

benevolencia haya criado un ser capaz de gozar mucho más de lo que goza en este mundo, y calificado por la naturaleza para prolongar sus penas por medio del recuerdo, y anticiparlas con terror, si no fuese destinado para alguna cosa más noble y mejor que un estado en que muchas de sus facultades sólo sirven para atormentarle; en que se ve asaltado de deseos que nunca puede satisfacer; en que siente muchos males que no está en su mano evitar, y teme otros que jamás sentirá: vendrá ciertamente un tiempo en que todas las felicidades que pueden gozarse serán disfrutadas, y ninguno será miserable sino por su propia falta.

Entretanto, el corazón del hombre se purifica, principalmente por medio de la aflicción, la cual le hace fijar sus pensamientos en un estado mejor que el presente. La prosperidad, mezclada é imperfecta como es, tiene el poder de embriagar la imaginación, de fijar el alma sobre la escena presente, de producir confianza y orgullo, y de hacer que el que disfruta de riquezas y honores, olvide la mano á que los debe. Rara vez somos, si no por medio de la aflicción, convencidos de nuestra imbecilidad, ó persuadidos de lo poco que pueden contribuir nuestras adquisiciones para procurarnos seguridad y quietud, y cuán justamente debemos atribuir á la dirección de un poder más alto todos los beneficios que en la indolencia de la fortuna consideramos como obra de nuestro talento ó de nuestro valor.

Nada procura más fuerza para resistir las tentaciones que continuamente nos rodean, que la costumbre de meditar sobre la cortedad de la vida, y la incertidumbre de los placeres que solicitamos; y esta consideración sólo puede inculcarlo la aflicción. « ¡ Oh muerte ! ; cuán amargo es tu recuerdo para el hombre que vive desahogadamente en sus posesiones ! » Si nuestro estado presente fuese una sucesión continuada de placeres, ó una corriente uniforme de calma y tranquilidad, nunca pensaríamos voluntariamente en un fin; la muerte nos sorprendería como á un ladrón en la noche; y nuestra obra obligatoria quedaría á medio acabar, hasta que llegase la noche en que ningún hombre puede trabajar.

Mientras que la aflicción nos prepara de este modo para la felicidad, debemos consolarnos en medio de sus angustias, recordando que no son ellas señales de la reprobación divina, y que todos los padecimientos de la persecución han sido sufridos por aquellos de quienes el mundo no era digno; y que el Redentor

mismo del género humano, fué un hombre que conoció los padecimientos y las injurias.

HISTORIA DE LOS AMORES DE HIMENEO.

(Del Doctor Johnson.)

SEÑOR REDACTOR.

No podré decir si el desprecio que se manifiesta por la censura es siempre prueba de inocencia. La opinión pública merece tanto respeto, que justamente debemos desear que la que nosotros tenemos de nuestro propio mérito sea ratificada por el sufragio de los otros; y como el crimen y la infamia producen el mismo efecto en los espíritus incapaces de penetrar más allá de las apariencias exteriores, nos vemos obligados á refutar una acusación falsa para que no se crea que autorizamos el crimen que no hemos cometido. Un hombre obcecado en el crimen, puede del mismo modo que el hombre más inocente, despreciar una acusación. La muralla de bronce que según Horacio protege á una conciencia pura, puede á veces ser quebrantada por la impudencia ó por la autoridad. Es pues necesario que conservemos á la virtud toda su dignidad, adornándola de las gracias incompatibles con el crimen. Esto es lo que me decide á desechar con indignación la infamia que se me atribuye, y á exponer el caso en que me encuentro para que Vd. y sus lectores decidan con conocimiento de causa. No sé si podré contar con la reconocida imparcialidad de Vd. cuando sepa que la mitad del bello sexo me considera como enemigo suyo. Mi desconfianza á este respecto es muy legítima, no obstante la consideración que merece la edad de Vd., su carácter, sus virtudes y su talento. No será esta la primera vez que el poder de la belleza triunfe de las resoluciones más firmes, y de los ratiocinios más sólidos. La belleza, Señor Redactor, ha vencido muchas veces la resolución de los hombres más firmes y de los ratiocinios de los filósofos; ha despertado la sensibilidad de los corazones más fríos y suavizado las almas más duras.

Soy pues, uno de aquellos seres infelices designado sucesivamente como próximo á contraer matrimonio con diferentes jóve-

nes, y cada vez, en el momento de concluir el contrato, he hecho descubrimientos importantes que me han obligado á romperlo. He discutido con tanta frecuencia los preliminares del casamiento, que puedo decir las formalidades que se observan, el modo de establecer el dote, la vuidad que se debe señalar á una mujer; cuáles son las ventajas que la ley señala al hijo primogénito etc., etc., pero á pesar de todos estos conocimientos, permanezco soltero, y temo verme excluido para siempre, por decreto del sexo femenino, de la felicidad conyugal. No hay madre que no diga á su hija que yo soy un hombre peligroso, cuyas visitas deben evitarse; un inconstante que sólo promete para no cumplir, y que hace propuestas á una joven para frustrarle otros partidos ventajosos que la habrían hecho feliz, dueña de casa, y madre de familia.

Espero, Señor Redactor, que me considerará Vd. libre de toda imputación cuando le asegure que no he cortejado á ninguna Señorita sin tener verdaderamente el deseo y la intención de casarme con ella; que si he continuado visitándola, después de haber cambiado de inclinación, ha sido durante el tiempo necesario para libertarla de la ignominia del desprecio, y para no herir su amor propio; que siempre he tratado de procurar á las mujeres una ocasión para que me despidiesen, y que nunca he abandonado un casamiento con la mira de obtener la mano de una Señorita más bella ni más rica, sino porque he descubierto alguna irregularidad en la conducta, ó algún defecto en el carácter de la que estaba próxima á ser mi esposa; en fin, que mi cambio de resolución ha sido efecto de la justa repugnancia que la novia me había inspirado, y no del nacimiento de una nueva pasión.

Fatigado desde temprano de la vida soltera y de la disipación que la acompaña, sobre todo cuando un joven posee, como yo, una fortuna considerable, comencé á suspirar por los encantos de la vida doméstica. Los jóvenes aman naturalmente la alegría y la vivacidad, y yo fui desde luego seducido por la amable, bullícosa y viva Ferocia. Me prometía yo un manantial perpetuo de dicha con una persona que poseía un fondo inagotable de ingenio y de buen humor, y un raro valor en los accidentes más imprevistos. Admiraba yo la fertilidad de sus expedientes, su desprecio por las dificultades, la solidez de sus preguntas, y la vivacidad de sus respuestas. La consideraba yo como exenta, por una prerrogativa natural, de las debilidades y timidez de su sexo, y me felicitaba de tener una compañera superior á todos los

obstáculos y embarazos. Cierto es que me chocó un poco la tenacidad con que insistió sobre la suma que debía componer su viudedad; pero á pesar de esto, me habría yo casado con ella, si mi curiosidad no me hubiese conducido un día á ver lo que pasaba en la calle, en un grupo de gente, en medio del cual encontré á Ferociála que disputaba con un cochero seis sueldos del precio de su viaje. Se defendía ella tan bien, que no juzgué á propósito mezclarme de su querrela, y me retiré para evitarme la vergüenza de conocer el caso. Cuando volví á verla, cometí como por descuido una ligera desatención, y esto la irritó de tal modo, que me prohibió volver á poner los pies en su casa.

Fijé después los ojos en una joven elogiada de todo el mundo por su talento y su erudición. Con frecuencia había yo observado la tristeza y el enfado entre esposos ignorantes, que nada saben, y por consecuencia nada tienen que decirse, y me regocijaba yo de mi buena estrella, eligiendo entre tantas jóvenes más ricas y bellas que habrían aceptado mi mano con reconocimiento, á la instruida Misotea, que públicamente se había declarado enemiga de la ignorancia y de la frivolidad, y que dedicaba toda su atención á los gramáticos, géometras, astrónomos y poetas. Semejante á la reina de las amazonas que no querría dignarse dar su mano sino al guerrero que la hubiese vencido en combate singular, Misotea había declarado que sólo daría la suya al que hubiese combatido victoriosamente sus argumentos. Cuando yo le manifestaba mis tiernos sentimientos, ella me pedía la definición de los términos de que me servía, y despreciaba todos los argumentos que no podía yo reducir á un silogismo regular. Fácilmente comprenderá Vd. Señor Redactor, que pronto me cansó este modo de cortejar; pero cuando le supliqué que abreviase mi tormento, y fijase el día que debía hacerme dichoso, Misotea entabló conmigo una larga conversación, en la que se esforzó de probar que nosotros no somos dueños de nuestra elección. No me fué difícil descubrir el peligro que yo corría entregándome para siempre á una persona que podía mirar en todo tiempo, lo que sus pasiones ó sus apetitos le dictasen como un decreto del destino, y considerar el coronamiento de mi cabeza, como acontecimiento ligado necesariamente al sistema general, y como un eslabón de la cadena eterna de causas necesarias. Le declaré pues, que la fatalidad exigía nuestra separación, y que sólo la necesidad podía obligarme contra mi voluntad á tan penoso sacrificio.

Solicité después á la tranquila, prudente, y económica Sofronia,

que consideraba el ingenio agudo como peligroso, y el saber como inútil. Sostenía que la mujer más apetecible para un hombre juicioso, es la que sabe conservar mejor el orden y el aseo en su casa, llevar una cuenta exacta del gasto, informarse del precio de los viveros, comprar barato, etc. Conversó largamente conmigo sobre los cuidados y vigilancia que requiere una familia; me nombró varias personas que se habían arruinado por haberse fiado de sus criados; me dijo que ella no contaba con más probidad que la de un cofre de hierro, y que no conocía mejor despendera que la propia ama de la casa. Diariamente le oía yo pronunciar oráculos de esta especie, y hablar de los nuevos reglamentos que se proponía establecer en su casa para asegurar mejor el servicio de sus criados y el buen empleo del tiempo. Todos sus racionios me persuadieron que casándome con ella no lograría yo quizá toda la dicha que deseaba, pero que á lo menos, me vería libre de la pobreza, y nos pusimos á arreglar, *paso á paso*, según su expresión, las condiciones de nuestro contrato; pero su recamarera vino á verme el día siguiente bañada en lágrimas, para suplicarme que la reconciliase con su ama, que acababa de despedirla por haber tenido la desgracia de romper seis dientes de un peine de carey. Esta pobre criada había venido de una provincia lejana, y no había tenido tiempo de hacer las economías necesarias para regresar, de modo que se iba á encontrar en la calle desprovista de todo recurso; y aunque pertenecía á una familia honrada, no le quedaba más partido que tomar, que el de morir de hambre sin asilo, ó la prostitución para vivir. Yo le prometí hacer la paz; pero cuando hablé á Sofronia me dijo, con el aire de una mujer que se aplaudía de su propio juicio, que ella se creería indigna de mi confianza, en lo tocante á mis intereses personales, si no diese prueba de que conocía los suyos; que el peine le había costado dos pesos; que nunca había ella perdonado á ningún criado que por negligencia le había ocasionado perjuicio; y que además, quería ella aprovechar de esta ocasión para despedir á esta criada porque su salud no era muy buena y temía cayese mala en su casa. No necesito decir á Vd. Señor Redactor, el resultado de esta conversación, y espero aprobará la retirada que hice esta vez sin ceremonia ninguna.

Tuve después algunas relaciones con otras dos Señoritas; pero nada pudo formalizarse entre nosotros, porque no tardé en descubrir que también llevaban relación con mis rivales para saber quién de ellos ó yo les proponíamos partido más ventajoso. Me

creí autorizado á separarme de otra, porque habia tratado de sobornar al escribano que entiende en mis negocios, queriendo que insertase furtivamente en nuestro contrato, una cláusula que yo habia rehusado positivamente. Me separé igualmente de otra, porque no pude cautivar su ternura sino cuando supó que mis hermanos habian muerto jóvenes, y de otra en fin, porque me dijo para exagerar su fortuna, que su hermano moriría pronto del pecho.

En otra carta terminaré la historia de mis cortejos. Sería injuriar á la virtud de las mujeres si perdiese yo la esperanza de encontrar una, digna de mis sentimientos.

Soy etc. — *Hymeneus*.

CONTINUACIÓN DE LOS AMORES DE HIMENEO.

SEÑOR REDACTOR.

Cumplo la promesa que hice á Vd. de referirle la segunda parte de mis aventuras matrimoniales, y le ruego crea que si hasta ahora no he podido alcanzar la dicha que hace tanto tiempo solicito, no es por falta de perseverancia, sin que los contratiempos que he sufrido hayan disminuido mis esperanzas ni mi actividad.

Vd. debe haber observado en el mundo, una especie de gentes que se emplean en formar casamientos sin ningún motivo visible de interés ó de vanidad, de malicia ni de benevolencia, y sólo por pura ociosidad y deseo de crear incidentes de que poder hablar, se ocupan de buscar mujeres y maridos. Luego que ven alguna persona soltera de uno ú otro sexo, tienen siempre un partido que les conviene, y sólo necesitan conocer la edad y la fortuna de la persona para ofrecerles un compañero ó una compañera para siempre, con la misma prontitud y la misma indiferencia que un ropavejero, después de haber tomado con los ojos el tamaño de la estatura de alguno, le presenta al instante un frac ó una levita.

Se creeria que el resentimiento y el desprecio deberian disgustar pronto de este empleo ocioso á semejantes gentes, y que cada uno debería elegir por sí mismo en un negocio en que se interesa tan esencialmente la dicha de su vida; pero como esta especie de proposiciones suelen ir acompañadas de protestas de amistad y de cariño, rara vez excitan el resentimiento; por lo

regular se escuchan con paciencia, y pronto se olvidan. Pero hay también almas débiles, que acogen fácilmente estas ofertas, porque esperan encontrar en la persona que se les propone, todas las cualidades que se les refieren de ella; y aun entre gentes de juicio y discernimiento hay algunas que se dejan arrastrar por vaga curiosidad, ó por esperanzas de encontrar un partido ventajoso, y la casualidad une á veces personas cuyos caracteres se acomodan.

Se sabia que yo era rico y pensaba en casarme. Esto bastó para poner en movimiento á estos medianeros matrimoniales, cuyas importunidades me desagradaban á veces y á veces me divertían. Se disputaban mi persona como los buitres un cadáver. Cada uno empleaba su elocuencia y sus astucias para hacerme caer en el garlito, aunque no se prometiese más ventaja que la de frustrar el proyecto de sus cofrades, no menos diestros y activos.

Un día recibí un convite de uno de estos medianeros para cenar en su casa, en la que debía encontrarse Camila. El plan estaba bien concertado, y no se tenía la menor duda de que fuese yo subyugado á primera vista. La joven que habia sido conducida allí, con la misma intención, pareció distinguirme, y empleó con tanto arte el poder de sus ojos y de su talento, que á pesar de las lecciones de la experiencia, que me habia enseñado cuán peligroso es llevarse de las apariencias, y de comprometerse á primera vista, no pude menos de mostrar la admiración que resentía, y la impresión favorable que sus perfecciones habian hecho en mi corazón. Fácilmente me dejé persuadir para verla con frecuencia, pero no tardé en persuadirme que Camila no podia convenirme. Camila declamaba sin cesar contra la locura, la ligereza, la ignorancia, y la impertinencia de su sexo, por el cual afectaba el más soberano desprecio, y no concebía que un hombre, con un poco de talento, consintiese en pasar su vida con seres incapaces de pensar. En una numerosa concurrencia sólo se entretenia con los hombres, y veía partir á las mujeres con placer visible. Si se proponía una partida de campo, insistía ella porque las mujeres fuesen excluidas, agregando que en donde ellas existen no se trata más que de soserias, pequeneeces, y ceremonias vanas. Creía ella darse importancia manifestando desprecio por todos los usos de la sociedad, é inspirar alta idea de su saber, pretendiendo ignorar completamente todo lo relativo al tocado de una mujer. Confundía las telas; el tafetán con el damasco, y daba á los listones nombres impropios. Nada le disgustaba más

que las visitas de cumplimiento, que ella calificaba de mojigangas, de que no se retiraba ninguna instrucción; se glorificaba de no haber hecho imprimir jamás su nombre en tarjetas; admiraba los nobles sentimientos de Platón, que diariamente agradecía á los dioses haberlo hecho hombre; le gustaba sobre todo, la opinión de Swift, que las mujeres no son más que una especie de monos de una naturaleza un poco más elevada que éstos, y decía que cuando ella reflexionaba en la frivolidad de las personas de su sexo, se hallaba tentada de dudar con los turcos de la existencia de alma en las mujeres.

Nunca se mostraba Camila más contenta, ni más orgullosa, que cuando excitaba el odio y el resentimiento de las personas de su sexo que la conocían; ni nunca se manifestaba más inflada de su superioridad que cuando hablaba de la cólera, las pequeñeces y los artificios de las mujeres. Es una fortuna, decía, que la naturaleza las haya hecho estúpidas é impotentes, como especie de antídoto contra su malicia y su crueldad.

Camila creía sin duda, ganar de un lado lo que perdía de otro, y que no habría hombre que no rindiese su corazón á una mujer que tenía sentimientos tan nobles y generosos; pero los hombres, los hombres ingratos, en vez de apresurarse á cumplimentarla, evitaban que ella les hiciese cumplimientos. Las mujeres la perseguían como desertora, y los hombres la recibían cuando más, como fugitiva. En cuanto á mí, confieso que me divertí algún tiempo con sus necesidades, pero cuando dejaron de parecerme nuevas, comencé á detestarla, porque no se puede soportar largo tiempo lo que se separa del orden ordinario de la naturaleza. No pude resolverme á amar á una mujer que tenía la aspereza de un hombre sin su fuerza, y toda la ignorancia de una mujer sin las gracias y la modestia. Creí que no debía yo confiar mi honor y mi reposo á semejante marimacho, cuya audacia buscaba el peligro y provocaba el ataque.

Nitela fué después de Camila el objeto de mis adoraciones. Era una joven de modales suaves, y de un semblante muy apacible, que no abría la boca sino para aprobar cuanto se decía, y siempre dispuesta á seguir los consejos de las personas que por casualidad se encontraban en su compañía. Creí encontrar en Nitela una amiga de un carácter fácil y complaciente, con la que podría pasar mi vida sin embarazos ni alteraciones. Resolví pues, dirigirla mis votos; pero me restringí un poco cuando observé la minuciosa regularidad de su casa, y la nimiedad de sus acciones, y

que mis visitas no eran admitidas sino cuando habían sido anunciadas. Hay en el aseó cierta afectación que yo siempre he visto como señal característica de suciedad, y cierto esmero exagerado que sólo usan las personas que temen ser cogidas *in fraganti*, y hacen esfuerzos para desviar las sospechas.

Nitela empleaba más afectación que elegancia en sus adornos, y tenía un aire forzado y de mortificación que indicaba que ni el gusto ni la imaginación presidían á su tocado, y de esto deduje que, adornándose únicamente cuando el caso lo requería, no se hallaba acostumbrada á sus adornos. Entre las mujeres que pretenden ser extremadamente aseadas, un observador distingue fácilmente si este aseó es accidental ó perpetuo. Tomé algunos informes y supe que Nitela alternativamente la más aseada y la más sucia de las mujeres, permanecía en sus habitaciones con chinelas sin calzar, despeinada y con un vestido sucio, y que sólo se acicalaba cuando sabía que alguno debía visitarla.

Mi mala estrella me condujo después á los pies de Caribdis, mujer que nunca perdía la ocasión de atrapar la presa que se presentaba á su alcance. Yo me consideré el más afortunado de los hombres cuando me concedió el permiso de acompañarla al teatro, y á los lugares públicos, y me sentí evanescido de una preferencia que hería el amor propio de una multitud de rivales. Pronto me manifestó ella su intención de ir á visitar una provincia lejana que no había visto antes. Yo solicité el favor de acompañarla, y después de alguna resistencia obtuve su consentimiento. Sospeché con el tiempo que su sólo intento en este viaje era hacerme gastar dinero. Todo cuanto veía le gustaba, y yo me creía obligado á contentar sus deseos.

Á nuestro regreso, después de un viaje que nos había hecho más familiares, sólo me hablaba de nuevas diversiones. Unas veces era una tertulia distinguida, otras un almuerzo en el campo, otras una ópera nueva con decoraciones magníficas. No ignoraba ella nada de lo que pasaba en la ciudad; quería ver todo lo que excitaba su curiosidad, y como no le gustaba el gentío y no podía ir sola, me veía yo obligado á ir á buscarla á la hora señalada, y á pagar un palco entero. Si le daba yo el brazo en la calle, se le antojaban multitud de bagatelas que tenía yo que comprarle; pero paso á paso crecieron sus pretensiones hasta llegar á las cajitas de oro y á los diamantes. Encontrando los favores de Caribdis muy caros, la dejé y supe después que yo era el cuadragésimo séptimo de sus adoradores, cuya fortuna y paciencia había ella agotado.

Después de Caribdis fui á ofrecer mi corazón á Imperia, pero no lo guardé mucho tiempo. Habia ella heredado una grande fortuna, y habiendo pasado el tiempo en leer novelas, entró en el mundo con todo el orgullo de una Cleopatra. No esperaba nada menos que adoraciones, altares, y sacrificios. Su opinión debía ser la de todo el mundo, y sus órdenes obedecidas al instante. Bien sé que el tiempo puede curar esta especie de orgullo cuando la mujer tiene talento, pero sus operaciones son tan lentas, que preferí dejarla á sus meditaciones, que la restituirán el juicio si ella lo quiere, ó la confirmarán en sus locuras.

De este modo, Señor Redactor, me veo muy á mi pesar soltero. Mis amigos me dicen que soy muy difícil, que concibo esperanzas que no pueden ser realizadas, que inútilmente me prometo encontrar en el mundo una persona tan perfecta como me la he figurado; pero yo estoy persuadido que no es locura esperar encontrar una belleza terrestre, libre de los defectos de que llevo hablado. Continuaré solicitándola, porque lejos de despreciar el matrimonio, lo considero al contrario, como el estado más dichoso á que se puede aspirar; y si encontrare yo una mujer que merezca realmente mi afecto, no dejaré de ponerlo en conocimiento de Vd.

Soy etc. — *Himeneo.*

RELACION DE LOS AMANTES DE TRANQUILA
EN OPOSICION Á LA DE HIMENEO.

(Del Doctor Johnson.)

SEÑOR REDACTOR.

Como á pesar de todas las pullas, que la malicia, el orgullo, y todos los racionios que la prudencia puede sugerir, los hombres y las mujeres se hallan destinados á vivir unidos, nunca he considerado yo como amigos del género humano á los escritores que se esfuerzan en excitar el odio de un sexo contra el otro. Persuadir á los que entran en el mundo y solicitan un compañero, ó una compañera, que ambos sexos son igualmente viciosos ó ridículos, y que el más confiado de los esposos ha de ser víctima de su credulidad, no es aclarar el juicio sino estimular la temeridad.

No se puede negar que el mundo está lleno de vicios, pero el

imperio de ellos no es predominante. Seguramente es una quimera solicitar una virtud pura y sin mezcla; pero podemos en lo general, evitar un gran mal sometiéndonos á otro pequeño, por cuya razón los que se hallan encargados de iniciar á los jóvenes y á los ignorantes en el conocimiento del mundo, deben persuadirlos de que de ellos depende ser virtuosos y afortunados, y animarlos con la esperanza de conseguirlo.

Causarán á Vd. sorpresa, Señor Redactor, estas reflexiones, cuando sepa que vienen de una de aquellas mujeres que durante muchos años ha pasado por los disgustos que acompañan á una virginidad añeja; de una mujer soltera que ha sufrido la frialdad, el desprecio, la insolencia y el insulto; que con frecuencia tiene la mortificación de que se le dirijan preguntas sobre las modas antiguas, sobre juegos de sociedad ya olvidados, sobre los hombres y las bellezas que hacian ruido hace cincuenta años; que ha sido convidada maliciosamente á las segundas nupcias de personas que ella acarió en la cuna; que ha sido ridiculizada sucesivamente por dos generaciones de coquetas, con cuchicheos bastante altos para que ella los oyese; que ha sido considerada por los jóvenes ligeros como muy respetable para ser tratada con familiaridad, y como muy circunspecta para tener parte en sus diversiones. Las injurias provocan naturalmente la cólera, y cuando son reiteradas, agrian el carácter. Sin embargo, yo he adquirido hasta tal punto el arte de dominarme, que todas estas provocaciones no me han hecho perder la paciencia. Jamás me he ocupado en buscar sentencias contra el matrimonio; no he tratado de disminuir el número de amigos, que el tiempo me ha dejado, contrariando los placeres que no podía yo gozar, ni procurado vengar los insultos que recibo con declamaciones vanas contra la osadía y la ligereza de las mujeres jóvenes, y el mal gusto y perfidia de los hombres.

No es difícil en verdad, soportar un estado al cual la necesidad no nos ha condenado, sino que lo hemos elegido nosotros mismos, y por eso me ha mortificado muy poco la denominación de *solterona* que se me ha aplicado con frecuencia, y que por lo regular desagrada tanto á las mujeres maduras que no se han casado. Si yo pasé mi juventud en el celibato, no fué por falta de fortuna, ni tampoco de atractivos; tuve adoradores y lisonjeros que me prodigaban elogios y atenciones. He bailado muchas veces alegremente en medio de los murmullos de la envidia de mis rivales, y de los aplausos de los hombres; he sido conducida á

las diversiones por los personajes más elevados, los literatos más famosos, y los pelimetres más distinguidos, y he visto solicitadas mis miradas por multitud de cortejantes asiduos. Así pues, si ignoro la dicha que se disfruta en el matrimonio, es porque no he querido disfrutarla, y puedo sin sentimiento como sin malicia, nombrar muchos de mis pretendientes que se disputaron mi corazón y mi mano.

Apenas contaba yo diez y siete años cuando fui solicitada por el despejado Venústulo, joven que siendo hijo único de una rica familia, había sido educado en el lujo y la molicie. Era mozo muy bien parecido, de modales encantadores, y pronto ganó mi corazón en una edad en que los ojos se sobreponen á la razón. No era divertido ni afuente en su conversación, pero era muy rumboso y desprendido, y me procuraba mil diversiones y placeres, teatros, conciertos y partidas de campo. Venústulo tenía particular cuidado de garantirme de la menor apariencia de peligro ó de molestia. Jamás dejaba de recomendar la prudencia á su cochero, y de prometer una recompensa al barquero si nos conducía sin accidente en nuestro paseo en el agua. Siempre me conducía á mi casa á la entrada de la noche por temor á los ladrones. Yo consideré algún tiempo esta solicitud como efecto de su ternura; pero la cobardía no se puede disimular, y yo vi claramente que Venústulo era tan miedoso y delicado como una mujer. Sus temores eran continuos, y el menor accidente le arrancaba voces de terror. No se atrevía á entrar solo en una habitación en donde había un ratón, ni á travesar un campo en donde pañan los bueyes. El viento más ligero era para él una tempestad; apenas oía algunos gritos en la calle, cuando se figuraba que un incendio devoraba la ciudad. Yo lo vi una vez ponerse pálido porque mi ardimilla había roto su cadena, y otra me vi obligada á rociarle el rostro con agua porque vió entrar en mi cuarto á un gato negro. Una vez, movida de compasión, tuve que espantar con mi abanico una abeja que le inquietaba, y otra vez que echar un perro que ladraba á sus pies, y al cual me habría abandonado si me hubiese atacado. Una mujer se considera naturalmente bajo la protección de un amante, ó de un marido, y espero que Vd. Señor Redactor, aprobará que negase yo mi mano á un hombre que habría llenado continuamente mi imaginación de terrores vanos, y buscado en mis brazos el refugio que yo tenía derecho de encontrar en los suyos.

Mi segundo amante fué Fungoso, hijo de un rico agiotista,

cuyas visitas me vi obligada á admitir por las reiteradas instancias de mis parientes. Este joven, educado en un escritorio, tenía un lenguaje inteligible solamente en un mostrador ó una casa de banco. No aspiraba á más reputación que la de predecir las fluctuaciones de la bolsa, y si quería hacerse gracioso me refería largamente las aventuras de alguno de sus amigos que en un negocio se había dejado engañar tontamente por su padre. Era además la perla de los jóvenes en cuanto á economía, y con frecuencia me decía que si tuviese la dicha de casarse conmigo, mis intereses se hallarían en buenas manos. Yo no me sentía dispuesta á unirme con él, pero no me atrevía á despedirlo formalmente por temor de disgustar á mis padres, y quizá me habría yo visto condenada á soportar toda mi vida sus modales groseros, y su lenguaje de usurero, si una cláusula fraudulenta que introdujo en el contrato, no hubiese abierto los ojos de todos, y no me hubiese libertado de las persecuciones de un miserable, cuyos sentimientos eran tan viles y de orgullo tan intolerable.

Respiré durante seis meses, al cabo de los cuales llegué á ser el ídolo del brillante Flóscolo, que era entonces el árbitro de la moda. Todos los pelimetres le consultaban el corte de sus vestidos, la forma de sus sombreros, y el nudo de sus corbatas. Flóscolo hizo desde luego alguna impresión en mi alma, por haberme hecho un cumplimiento que pocas mujeres escuchan sin sumo agrado; elogió el buen gusto de mi tocado, de la destreza con que sabía yo elegir y casar los colores, y sacar partido de todos mis atractivos; pero Flóscolo se hallaba muy ocupado de su propia persona y de sus adornos para acordarse de los deberes de un amante, y para agradar por largo tiempo á una mujer acostumbrada á todos los refinamientos de la adulación. En pago de sus cumplimientos, esperaba los míos sobre igual materia, y una vez dejó de verme tres días porque no había yo manifestádome admirada del corte de su frac que acababa de estrenar. Desde este momento lo consideré como un rival más bien que como un admirador, y conoqué que si me casaba yo con él, corríamos peligro de disputarnos continuamente la palma de la elegancia.

Tuve en seguida el honor de atraer en un festín las miradas de Dentato, uno de aquellos seres humanos que cifran su dicha en los buenos platos. Dentato me servía los trozos más delicados, me hablaba de las medidas que había tomado para procurarse el mejor cocinero francés; sólo me hablaba de sopas, salsas, principios, y postres, y me elogiaba lo substancioso de algunos gui-

sados nuevos que él había inventado. Pero es tal la incertidumbre de la felicidad humana, que habiendo yo manifestado libremente mi opinión sobre un pastel, hecho bajo su propia dirección, perdí su afecto, y yo aproveché de su frialdad para despedirlo.

Alargaría yo demasiado mi carta si me pusiese á citar todos mis amantes ó pretendidos amantes, que pusieron á mis pies el tributo de sus adoraciones. Entre ellos hubo dos que despedí porque no conocían la música, y tres por ser un poco adictos á la bebida. Lo mismo sucedió con otros dos por no ser yo la sola á quien corlejasen. Además, dispensé á seis de sus homenajes porque trataron de corromper á mi recamarera. Despedí á dos en su segunda visita, por haber hecho alusiones obscenas y, á cinco porque ridicularon la religión y á sus ministros. Hacía el fin de mi reinado, creí que debía yo desechar los votos de dos viudos que me ofrecían desheredar en mi favor á los hijos de su primer matrimonio; de otros cuatro por haber intentado engañarme sobre sus bienes de fortuna, de tres que habían olvidado mencionar sus deudas, y en fin, de uno que tuvo la crueldad de aumentar el arrendamiento de una granja á un pobre cultivador anciano y enfermo.

Envío á Vd. Señor Redactor, esta relación, para que las Señoras puedan oponerla á la de Himeneo. Mi intención no es despreciar al sexo que ha producido poetas, filósofos, héroes y mártires, pero no quiero que nuestras bellezas nacientes puedan desanimarse con la sátira parcial de algunos particulares, ni que se imaginen que los que las motejan, no tienen igualmente sus locuras y sus vicios. Aunque no haya yo tenido la dicha de encontrar un marido como lo deseaba, estoy lejos de creer en la imposibilidad de una unión afortunada. Es conveniente sin duda, manifestar los vicios y los defectos para que se conozca toda su deformidad; pero al pintarlos con colores odiosos, es injusto aplicarlos indistintamente á todo un sexo, porque existen hombres y mujeres sin delicadeza.

Soy de Vd. Señor Redactor, etc. — *Tranquila.*

RELIGIÓN Y SUPERSTICIÓN.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Madama Carter.)

Causóme tanta impresión un sueño extraordinario que tuve últimamente, que todas sus circunstancias quedaron impresas en mi memoria.

Figuróme que me encontraba en medio de una sociedad muy agradable, y escuchaba atentamente una conversación muy animada, cuando de pronto noté que venía hacia mí una de las figuras más horribles que la imaginación pueda formar. Se hallaba vestida de negro; tenía la tez sumamente arrugada, los ojos sumidos y un color pálido y livido como el aspecto de la muerte. Sus miradas descubrían un terror implacable; sus manos estaban armadas de escorpiones y disciplinas. Luego que se acercó, con un caño horrible, y una voz que heló mi sangre, me ordenó que la siguiese. Obedecí, y me condujo por unos senderos muy ásperos, rodeados de zarzas y espinas, á un valle solitario y profundo. Por donde quiera que pasaba esta fantasma la verdura se secaba; su aliento pestilente infectaba el aire con vapores malignos, oscurecía el disco del sol, y una espesa noche se extendía por todo el horizonte. Funestos alaridos resonaban en aquel desierto; las aves nocturnas alzaban sus funebres cantos, y toda la naturaleza parecía llena de terror y de desolación. En medio de esta tremenda escena mi excecable guía me habló en estos términos:

Retírate conmigo, ¡oh temerario é irreflexivo mortal! abandona para siempre los placeres de un mundo corrompido, y convéncete de que la dicha no ha sido hecha para el hombre, nacido únicamente para gemir y llorar. Tal es la condición de todo lo que respira bajo las estrellas; y el que trata de escaparse de ella, desobedece la voluntad de los cielos. Huye pues, de los fatales encantos de la juventud y de la sociedad, y conságrate en estos bosques solitarios á la penitencia y al dolor. Los mortales deben buscar los sufrimientos y huir el placer, que es una ofensa directa contra la Divinidad, á la cual sólo debe rendirse culto por medio de la continua mortificación de los sentidos, y el perpetuo ejercicio de las lágrimas y de los suspiros.

Esta melancólica pintura de la vida abatió mi espíritu, y cegó todas las fuentes de mi alegría. Me postré al pie de un árbol seco : un viento glacial soplabá sobre mi cabeza, y el terror se apoderó de mi alma. Determiné permanecer en tierra, hasta que la mano de la muerte, invocada por mis labios con impaciencia, pusiese fin á las miserias de una vida tan deplorable. En tan triste situación distinguí un río, que parecía profundo, y cuyas aguas lodosas, corriendo lentamente, producían un murmullo lúgubre. Mi primera idea fué sumergirme en él, y me hallaba justamente en las orillas cuando me sentí detenido. Volví los ojos y quedé sorprendido al ver un objeto de lo más amable y seductor. Una divinidad bellísima y tutelar acababa de libertarme de la muerte ; todos los encantos de la juventud, todo el esplendor de la gloria, brillaban en su augusto semblante y en sus ojos, cuyo resplandor se veía templado con una expresión de dulzura y de bondad que parecía prometer la dicha. Á vista de la celestial figura desapareció el horrible espectro que me había aterrado antes; los vapores que obscurecían el sol se disiparon; los bosques recobraron su verdor, y los alrededores parecían tan floridos y alegres como el paraíso terrenal. Este cambio repentino me llenó de enajenación, y mis pensamientos comenzaban á alegrarse, cuando, con unas miradas de indecible benevolencia, mi hermosa liberatriz me comunicó de esta manera sus divinas instrucciones :

Mi nombre es religión. El Amor y la Verdad fueron mis padres, y tengo parentesco con la Benevolencia, la Esperanza y la Alegría. El monstruo de cuyas garras acabo de libertarte se llama Superstición. Es hijo del Descontento, y sus secuaces son el Temor y la Desesperación. Á pesar de la diferencia que existe entre nosotros, la Superstición tiene á veces la audacia de apropiarse mi nombre y mi carácter; engaña de esta manera á los que creen refugiarse en mi seno, y los arrastra al abismo en que justamente ibas á precipitarte.

Dirige los ojos en derredor, considera la hermosura de este globo destinado por el cielo para morada del hombre, y dime si es posible que un mundo tan perfecto haya sido hecho por la Providencia para que lo habite el dolor y la miseria. ¿ Con qué fin ha prodigado Dios sobre la tierra tan innumerables objetos de placer, sino para que el hombre goce de ellos y se manifieste reconocido al Autor de la naturaleza? Gozar de sus beneficios es un verdadero acto de virtud y de obediencia, y desecharlos como

instrumentos de placeres, es, ó una deplorable ignorancia ó una perversidad absurda. Dios por un efecto de su bondad infinita ha criado al hombre. Es propio de todos los seres inteligentes, desde el primer orden de ángeles que rodean el trono del Eterno, hasta el más pequeño de los mortales, el aspirar á elevarse continuamente de un grado de dicha á otro mayor. Todos los hombres han recibido las facultades necesarias para gozar de los placeres que Dios ha derramado sobre la tierra.

¿ Qué! exclamé yo, ¿ es este el lenguaje de la Religión? ¿ Recomendá ella á los que se consagran á servirle que recorran senderos floridos y gocen de las comodidades de la vida? ¿ Dónde están los trabajos, los combates de la virtud, las mortificaciones de la penitencia y de la abnegación de los Santos y de los Mártires?

Los verdaderos goces de un ser racional, contestó ella dulcemente, no consisten en entregarse sin medida á la voluptuosidad, al tumulto de las pasiones, al desfallecimiento de la molición, ni á las diversiones frívolas. Los placeres reprobados por la moral corrompen el alma, y los que sólo son útiles la degradan. En ambos casos pierde ella el derecho á la dicha para que fué creada, y multitud de tormentos vienen á asaltarla. El hombre para ser dichoso debe ejercitar continua y regularmente sus más nobles facultades, adorar las perfecciones del Ser Supremo á que debe su existencia, ser benévolo y afectuoso con sus semejantes, y cultivar sin descanso el germen de las virtudes plantado en su corazón. La mortificación sólo es un deber cuando es necesario para evitar el crimen, ó cuando de su práctica resulta un bien; y el placer sólo es culpable cuando fortifica las inclinaciones viciosas, ó cuando disminuye la influencia de la virtud.

Deja pues de recurrir á unas austeridades que no se te exigen, y ven bajo mis auspicios á aprender á gozar con moderación y reconocimiento, los placeres que el cielo te permite. Renuncia una soledad que no puede menos de apocar tus ideas, y ven á cumplir en la sociedad los deberes impuestos á un ser formado para depender de sus semejantes. La Religión no limita su influencia al círculo de un claustro, ni habita siempre el desierto. Estos principios son los de la Superstición, y por medio de ellos trata de romper los nudos de la benevolencia y del afecto social, que sujetan la dicha de los individuos á la prosperidad de todos. Recuerda que el más bello homenaje que puedes ofrecer á tu Criador, consiste en probarle, con señales aparentes de contento, que tu alma reconoce sus beneficios.